

PARADIGMAS DE LA UNIVERSIDAD HUMANISTA*

Por: Héctor Ceballos Garibay

En 1909, luego de haber padecido una crisis depresiva, Edvard Munch (1863-1944) recibió la encomienda de pintar las paredes del Aula Magna de la Universidad de Oslo. ¿Qué plasmaría en esos gigantescos murales un artista cuya obra trataba principalmente de la angustia existencial de los seres humanos? La sorpresa fue mayúscula: el artista nórdico creó una alegoría optimista en donde la fuerza creativa de la naturaleza era el preámbulo para rendirle tributo a la educación concebida como la esencia más genuina de la civilización. En la pared principal aparece el majestuoso sol, radiante y todopoderoso, a manera de representación espectacular de la naturaleza pródiga. En uno de los costados, como imagen de la otra fuente primordial de la vida está la madre nutricia (el *Alma Mater*, símbolo por excelencia de la universidad) quien amamanta al niño que sostiene en el pecho. Y en el otro costado, se encuentra un anciano venerable (metáfora de la Historia misma) portando un libro en sus manos y cuya lectura tiene el propósito de transmitirle a su hijo la importancia de ese saber humano acumulado a través de siglos y milenios.

Esta insigne obra de Munch alude precisamente a la esencia de toda universidad: la generación y el atesoramiento de los conocimientos más valiosos, la renovación permanente y la difusión de esa sabiduría humana que, más allá de cualquier diferencia específica entre individuos y naciones, nos unifica e identifica como especie. La noble y prolongada tradición de cultivar y propagar el saber en escuelas y recintos especiales se remonta a la Grecia antigua, cuando florecieron la Academia platónica y el Liceo aristotélico; luego, durante el Imperio romano, aparecieron las afamadas escuelas de jurisprudencia; y más tarde, en uno de los más felices encuentros simbióticos entre la cultura oriental y la occidental, ocurrió el auge de la sapiencia árabe y greco-latina que representaron sabios medievales como Averroes, Avicena y Maimónides.

Estos ilustres antecedentes anuncian ya el advenimiento de las primeras universidades en sentido estricto: instituciones educativas que fundamentaron su existencia en la tradición de otorgar títulos y grados académicos con valor jurídico a sus discípulos y egresados. Gracias a esta costumbre formal de conceder reconocimientos profesionales (*facultas docendi*) a las Licenciaturas, las Maestrías y los Doctorados, las universidades se establecieron como *Universitas magistrorum et Scholarium*, es decir, como cuerpos colegiados garantes de la continuidad del proceso enseñanza-aprendizaje entre los profesores y los alumnos pertenecientes a un mismo gremio, dividido éste en diferentes ramas o especialidades del saber humano. Desde entonces, todos los egresados universitarios tuvieron un reconocimiento legal para ejercer sus respectivas actividades profesionales o, si fuera el caso, la docencia del saber para el cual ya estaban facultados.

Tres universidades europeas, Salerno, Bolonia y París, nacidas en el siglo XII de nuestra era, alcanzaron celebridad no sólo por la alta calidad de la enseñanza que impartieron en Medicina, Derecho y Filosofía, respectivamente, sino también porque ellas otorgaron títulos profesionales que fueron reconocidos y respetados en todas partes. Una de las virtudes cardinales de estas universidades, además de recuperar el saber clásico que se había disgregado a raíz de las invasiones bárbaras, fue la de establecer desde entonces la imponderable tradición universitaria de fomentar la libre discusión de las ideas (una costumbre reconocida y alabada por Petrarca). Incluso en esta época medieval, cuando aún predominaban los estudios teológicos y prevalecía la defensa de la ortodoxia católica en los recintos universitarios, poco a poco se fue volviendo una práctica cotidiana la discusión intelectual: todo estudiante tenía que aprender a razonar y debía saber cómo argumentar y defender una tesis ante sus profesores y condiscípulos.

Más tarde, fruto de las críticas racionalistas a la escolástica medieval, y a partir del advenimiento progresivo de la modernidad capitalista (renacimiento, reforma protestante, empirismo, Ilustración, revolución industrial, etcétera), paulatinamente las universidades se fueron secularizando. Es decir, triunfó en ellas el planteamiento

filosófico de que la religión y la ciencia pertenecían a dos mundos opuestos y contradictorios entre sí. Desde esta perspectiva, los asuntos de la fe y los dogmas religiosos –por importantes y respetables que fueran– debían circunscribirse al ámbito íntimo de las creencias personales y familiares, y, por ende, quedaban al margen de la dinámica genuinamente universitaria, cuyo fundamento educativo tenía que regirse exclusivamente por el *espíritu científico*: el método experimental, la sistematización teórica deductiva y la renovación constante de los conocimientos adquiridos.

La universidad moderna, hija de los nuevos tiempos liberales, conservó la estructura orgánica de la institución medieval (la autoridad del Rector, los cuerpos colegiados, la concesión de títulos, etcétera), pero ya no intentó postular o defender una determinada doctrina oficial y canónica, sino que, por el contrario, antepuso la divisa de la libertad de cátedra y del pluralismo como los fundamentos ancilares de una educación sustentada en la científicidad y el humanismo. El modelo universitario introducido en la época napoleónica, entre 1806 y 1808, contribuyó significativamente al desarrollo de una institución renovada, preocupada al mismo tiempo por fortalecer las especializaciones de las respectivas facultades sin descuidar la fructífera correspondencia entre la teoría y la realidad, entre la ciencia positiva y los problemas peculiares de cada sociedad concreta. De este modo, la universidad dejaba de ser un ente aislado y se convertía en un organismo educativo comprometido con el progreso social a través de su quehacer específico: la investigación científica, el desarrollo tecnológico y la propagación de los valores humanistas.

Desdichadamente, el devenir histórico de la universidad no siguió un curso luminoso y ascendente como el resumido someramente páginas arriba. Por el contrario, en vez de consolidar su perfil humanista, la universidad que prolifera hoy en día, tanto la privada como la pública, en esta y en otras latitudes, se distingue por tener un rostro crecientemente tecnocrático y por estar al servicio de una sociedad corroída por fenómenos sociológicos como el “egoísmo posesivo”, el consumismo despilfarrador, la competencia voraz y la enajenación social de los individuos. Y si a esta cruda realidad le

agregamos cuestiones tales como el “analfabetismo funcional”, la pasividad intelectual y el acriticismo que muestran los jóvenes de nuestro tiempo, el panorama global aparece teñido de negro. Para colmo, la actual recesión económica mundial, cuyos efectos son más devastadores en los países subdesarrollados, vuelve aún más dramáticas las consecuencias funestas de esta educación tecnocrática que se ha querido imponer de manera excluyente en todo el orbe y durante las últimas tres décadas.

Uno de los lastres más evidentes de la universidad tecnocrática es la atomización del conocimiento, su especialización extrema, a un grado tal que se descuida la *formación integral y humanista* del saber. De esta forma, la parte predomina sobre el todo y la hiperespecialización profesional conduce, irremediablemente, a la pérdida de la visión del conjunto. Y, tal como lo expusiera Hegel, es la *totalidad* la que le da *sentido* a lo particular. La consecuencia no es otra que la proliferación de “hombres parciales”, es decir, sujetos que saben mucho de su rama específica, pero que son ignorantes en lo que respecta a cuestiones ajenas a su profesión. En la actualidad ciertamente sería utópico proponer como modelo a seguir ese “hombre universal” que, en los albores del mundo moderno, encarnaron Leonardo y Goethe; pero tampoco debe haber duda acerca de que los cuantiosos recursos tecnológicos de ahora permitirían a cualquier universitario, al menos potencialmente, adquirir una cultura menos fragmentada y más actualizada y diversificada. ¿Acaso es imposible que los especialistas técnicos, también sean individuos informados en cuestiones de arte, filosofía y política? ¿Por qué razones, aquellos que estudiaron disciplinas sociales, tendrían que ser ignorantes en cuestiones científicas o administrativas? La división del trabajo existe y crece sin cesar, pero ella no debe ser pretexto para justificar la apatía y la pereza de todos aquellos profesionistas que sólo se interesan en ser suficientemente buenos como para asegurar su bienestar económico, y se despreocupan de la importante tarea de cultivar una *formación integral y humanista*, en donde el universitario no sólo tenga una preparación general sólida y vigente, sino que también incluya el enriquecimiento cultural permanente: aprender a valorar y saber disfrutar de las artes y del goce estético.

La hiperespecialización del conocimiento se contrapone a la propia definición de la universidad, cuyo significado alude a la palabra latina *Universitas* (conjunto de todos los seres particulares de una colectividad), misma que tiene relación semántica con la noción de *universalidad* (opuesta a lo particular) y que en este caso específico se refiere a la totalidad de las ramas del saber humano que son impartidas en una institución dedicada a la enseñanza superior. En palabras de Max Scheler: “La universidad quiere ser un *totum*, el todo, lo omnicomprendido; esto es, pretende representar a la *Universitas* del saber y de la cultura”. Desde esta perspectiva, el desarrollo de la sensibilidad (que depende en buena medida de la educación artística) es tan importante como la maduración profesional e intelectual de los individuos. Así entonces, una *formación integral y humanista* presupone los siguientes puntos: a) construir una cultura académica amplia y general de conocimientos; b) capacitarse al máximo en una disciplina particular, sin olvidarse de los marcos globales del conocimiento; c) reivindicar el gusto y la práctica de las artes como una manera idónea de enriquecer la percepción sensible y la manera de concebir el mundo; y d) adquirir una *conciencia crítica* como sujetos que participan activa y comprometidamente en los asuntos sociales y políticos de la comunidad.

Otra consecuencia funesta de la universidad tecnocrática reside en su papel como una institución donde se refuerzan los seudovalores del *homo videns*, ese individuo que ha sido educado a partir de una “cultura visual” (Internet, televisión, videos, etc.) superficial y efímera, y el cual se muestra incapaz de practicar el trabajo intelectual a la manera de los universitarios de antaño, es decir, sobre la base del rigor metodológico, la imaginación científica, y la facultad de investigar, escribir libros y divulgar el conocimiento. Los universitarios de la sociedad contemporánea, en su mayoría, no aman los libros, desprecian cualquier información que no les sea de utilidad inmediata, carecen de disciplina y concentración intelectual, y, para colmo, acusan una intolerancia frente a los que piensan y actúan diferente a ellos. En este sentido, reivindicar los patrones de excelencia de la universidad humanista es algo fundamental que no sólo

atañe al desarrollo social y tecnológico de los países, sino que también se convierte en una tarea indispensable para coadyuvar al fortalecimiento de los valores democráticos. En efecto, el genuino espíritu universitario, sustentado en la discusión permanente y respetuosa de las diferencias intelectuales entre colegas, constituye la mejor vía para fomentar una cultura ciudadana basada en la tolerancia y en la reivindicación de los derechos humanos.

El tercer aspecto repudiable de la universidad tecnocrática es su modalidad como una fábrica que produce *mercaderes en serie*, sujetos pragmáticos y competitivos, cuya preocupación reside exclusivamente en escalar la pirámide social y en lucrar al máximo con el uso de su profesión. Dada esta tendencia, brilla por su ausencia una de las misiones más loables del universitario humanista: la vocación de servicio a la comunidad, el sentido de responsabilidad de cara a las ingentes necesidades de países como México, el empeño noble por retribuir a la sociedad lo mucho que ésta ha puesto en pro de la educación. La *conciencia crítica* y la actitud altruista son, por fortuna, dos derivados lógicos de la universidad humanista. Pero ello no significa que la institución universitaria deba, en cuanto tal, politizarse y renunciar por ende a sus tareas sustantivas (la enseñanza-aprendizaje, la investigación científica, la difusión de la cultura) en aras de contribuir a la revolución social o con el objetivo de servir a causas partidarias ajenas a la vida académica. Otra cosa muy distinta es procurar que los miembros de la comunidad universitaria adquieran durante su formación, en el marco de una dinámica laica, científica y pluralista, una *conciencia crítica* que se manifieste y se luzca cuando luchen como ciudadanos particulares en favor del bien público.

Los tres principios rectores de la universidad humanista: la *formación integral*, el *espíritu científico* y la *conciencia crítica* son, al mismo tiempo, el camino idóneo para recuperar la vieja tradición escolar que se remonta a los griegos, pasa por las escuelas medievales y alcanza su cenit en el siglo XX. El objetivo es finalmente recuperar algo que por desgracia se ha ido perdiendo en los últimos años: el amor y la pasión por la producción y la transmisión del saber.

*Conferencia Magistral para el Primer Congreso de Ex alumnos Nicolaítas, celebrado el 21 de febrero del 2003 en el Centro Cultural Universitario, Morelia, Mich.